

Los Signos de los Tiempos y de los Espacios

(Contribución a una semántica antropológica de la visión del tiempo y el espacio en América Latina)

Alberto Villegas Villegas

*Universidad de los Andes-Tujillo
Venezuela*

I

La relación entre la cultura y el lenguaje ha sido uno de los binomios interdisciplinarios que mayor impulso ha aportado al avance de las ciencias humanas. Los trabajos de Malinowski, Watson, Sapir, Worf, entre muchos, han precisado la estrecha vinculación de estas dos categorías. Desde los primeros intercambios del homo loquens, entre sus primeras comuniones, sus primeras comunicaciones; entendiendo por éstas la voluntad de hacer común las palabras y, por medio de éstas, las ideas, los pensamientos, y, por ende, los conocimientos; La palabra siempre ha estado presente. El gran maestro de siempre, R. Jakobson (1963:27) nos recuerda que *el lenguaje y la cultura se implican mutuamente, debiendo ser concebido el lenguaje como parte integrante de la vida social*. En consecuencia estas dos categorías el lenguaje y la cultura serán los elementos que sostienen los estudios de la antropología cultural.

Si aceptamos la definición de cultura, en su sentido más amplio, como el producto multifacético de los valores materiales y espirituales de una comunidad, podemos afirmar que el lenguaje representaría la materialización de las ideas-valores y, por lo tanto, la manera como cada comunidad siente, concibe o ve el mundo. G. Witherspoon (1980:13) nos explica que *para lograr una interpretación del lenguaje como un todo debemos relacionar y sintetizar nuestras diversas vivencias del lenguaje y debemos ubicarlo en su contexto cultural. Haciendo esto podemos lograr una mejor comprensión de la cultura*.

El mundo y sus objetos entendidos éstos como producto de la creación humana están de manera permanente recubiertos por el lenguaje, por la palabra. La palabra generadora de vida pero también de muerte. Ella nos permite nacer a la vida, a la vida social

En el caso latinoamericano, de la América Hispanohablante, por el hecho de poseer, entre otras cosas, una lengua común que permite una comunicación y una comprensión, tanto de aspectos materiales como los espirituales, podemos hablar de una comunidad de pensamiento, de una identidad cultural. A pesar de las diversidades regionales –básicamente de tipo fonológico y lexical- existe una homogeneidad estructural inequívoca. Existe una koiné o modalidad supradialectal o supranacional que hace que los que estamos aquí presentes: venezolanos, colombianos, chilenos, mexicanos, andaluces... podamos entendernos, al menos lingüísticamente.

A partir de los postulados de Y. Bromlei (1980) sobre nación y nacionalidad, podríamos adaptarlo al caso latinoamericano y hablar de supranacionalidad, ya que ella está constituida por una comunidad de personas que se distinguen de otros por:

- . poseer una lengua común;
 - . poseer una cultura propia y común, dentro de la heterogeneidad;
 - . poseer una psicología común y
 - . haberse establecido en un territorio determinado;
- en tal sentido, se trata de una comunidad de intereses, valores y vínculos comunes.

Si esta reunión nos convoca a reflexionar sobre el pensamiento latinoamericano no hay duda alguna que las palabras escritas, leídas y escuchadas que permiten integrarnos, forman sintagmas, éstos expresan nuestras ideas y éstas a su vez tejen el pensamiento, pensamiento que expresa la cosmovisión de una comunidad que exterioriza sus valores materiales y espirituales.

II

Me voy a permitir reseñar, in extenso, un texto de Gustavo L. Pereira, de **Escrito de Salvaje**: “Sobre Salvajes” (cf. Granados:1998:15):

Los pemones de la Gran Sabana llaman al rocío Chiriké Yetacú, que significa Saliva de las estrellas; a las lágrimas Enú Parapué que quiere decir guarapo de los ojos, y al corazón Yewán Enapué: semilla del vientre. Los warao del Delta del Orinoco dicen Mejokoji (El Sol del Pecho) para nom-

brar al alma. Para decir amigo dicen Majokaraisa: Mi Otro Corazón. Y para decir olvidar dicen Emonikitane, que quiere decir perdonar.

Los muy tontos no saben lo que dicen
Para decir tierra dicen madre
Para decir madre dicen ternura
Para decir ternura dicen entrega

Tienen tal confusión de sentimiento
Que con toda razón

Las buenas gentes que somos

Les llamamos salvajes.

Es común recordar el deslumbramiento de Colón y su séquito a su llegada a las costas vírgenes. Su naturaleza y los naturales le hicieron llegar al convencimiento de que estaba en el paraíso.

Semejante a los tiempos de los viajes colombinos, los tiempos que hoy vivimos, son para muchos el fin de un sin número de cosas por pasar. La nave del llamado fin del milenio ha sido, cual Arca de Noé, plenada de todo un bestiario real y ficcional, de terrores y temores. De esta misma manera, cinco siglos atrás todo el fantasmagorismo de la Castilla cristiana, todas las manifestaciones del caos del momento acompañaron las mentes de los “viajeros de Indias”. El espacio europeo se hacía pequeño ante el empuje del reino cristiano de Castilla y se abrieron las rutas de las Indias gracias a la espada y a la cruz. Sin embargo, junto a todos los miedos y sus apetitos nos “dejaron las palabras”. Al decir de Don Pablo, el de Chile, (1968: 58)

por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se le caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... nos dejaron las palabras.

Y esas palabras castellanas van a abrirse espacio de manera arrolladora en el viejo nuevo mundo, el nuestro. Será aquí donde esa bárbara lengua, la española, encontrará el camino obligado de la homogeneización lingüística. Con la llegada de los conquistadores europeos, de la inmensa riqueza cultural y lingüística sólo quedan, hoy, los nombres de los lugares, los topónimos. (VILLEGAS:1998:12).

El vínculo que establecían y establecen nuestras etnias -de quienes recordemos que día a día continúan luchando por sobrevivir- con relación a su entorno, con relación a la naturaleza es totalmente diferente al nuestro y en lo que respecta a la vida social y productiva decimos con frecuencia que estaba impregnada de concepciones mágico-religiosas; pero, ¿acaso no está nuestro mundo finisecular impregnado también por ese tipo de concepciones?

A pesar de la imposición de la lengua que hoy nos comunica, ha habido la necesidad de moldearla a nuestras necesidades no solamente expresivas sino adaptarlo a la ideación que poseemos de nuestro mundo, aquí y ahora. Las estructuras lingüísticas de base no han sufrido ningún cambio, más sin embargo a nuestra manera de ver las cosas se ha dado una ampliación o existe una tendencia hacia la ampliación de algunos sub-sistemas.

La aprehensión de los referentes temporales y espaciales -tanto el físico como el personal- han generado en el mundo americano estructuras lingüísticas bien particulares. La “evolución” de los subsistemas que nos permiten ubicarnos en el espacio y en el tiempo nos han llevado a la construcción de una cosmovisión que, contrariamente a lo que nos ha enseñado la teoría antropolingüística, tiende hacia la ampliación. Esto ha conducido a la creación de nuevos vocablos y sobre todo, nuevos espacios semánticos y referenciales y, por ende a tener una visión más amplia de nuestro cosmos. Los “rígidos” sistemas correspondientes a las formas temporales, locativas y personales del neolatín venido de tierras europeas fueron aclimatándose a la “otra tierra”, dando origen a un mundo personal con características propias dentro del universo hispanohablante, así como también, al desarrollo de un sistema temporo-espacial que lejos de diluirse en el amplio tejido que se ha ido creando, se manifiesta como nuevos subsistemas que nos hacen ver el mundo referencial bajo nuevas formas de amplitud y de creatividad.

III

En lo que respecta al espacio, iniciaremos la reflexión acerca del espacio personal. No es este lugar el ámbito más apropiado para retomar nuestras clases iniciales de gramática, pero se hace necesario recordar algunos breves elementos. En buena parte de los idiomas que conocemos la forma personal “yo” es la conductora del discurso, del enunciado. Con su aparición en el discurso, su presente y su existencia toman efecto incluso cuando se remite a otras personas u objetos del discurso. El “yo” caracterizado por la ubicuidad se transforma en un punto centrípeto alrededor del cual gravitan todos los enunciados. Él impone, por lo tanto, “un juego”, una negociación con un destinatario llamado “tú”, “usted” y “vos”, quienes a su vez recibirán su enunciado.

De la misma manera que en otros mundos hispanohablantes nos encontramos con las heredadas formas latinas y traídas por los españoles “tú” y “usted”. Cada vez con más frecuencia, recibimos reseñas hechas por lingüistas latinoamericanos en cuanto a la expansión de la forma “vos”. Podemos encontrarla en algunas zonas de México, es bastante común en América Central y se hace presente desde la zona andino-caribeña venezolana hasta la Patagonia.

En lo que respecta a la forma “vos” recordemos que en el caso venezolano, presente también en otras partes de la América Hispana poseemos la forma llamada “andina” que acompaña a la forma verbal “plena”: vos amáis, vos coméis, vos vivís y la forma “zuliana o maracucha” que acompaña la forma verbal “contracta” o “reducida”: vos amás, vos comés, vos vivís.

Tendríamos entonces algo así como:

Tú	amas
Usted	ama
Vos	amáis
Vos	amás

Además de las posibles interferencias del tipo: tú amáis, tú amás; anexamos a esto que un mismo interlocutor puede utilizar en un mismo discurso todas las formas

que, atendiendo a situaciones socioafectivas, él considere necesarias. A manera de ejercicio, hagamos una rápida comparación con lenguas como el inglés cuya persona “you” es única...

De las formas de tratamiento procedentes del latín, llegarán de la Península el singular “tú” y la forma plural “vos”, siendo esta última una persona de cortesía, de respeto, de autoridad. La forma “usted”, proveniente de “vuestra merced”, pasa a convertirse en persona de segunda pero con el paradigma verbal en tercera. Factores históricos, geográficos y culturales son la causa de los diversos cambios sufridos por las formas “tú”, “usted” y “vos”. (Cf. Páez Urdaneta:1981).

Cómo poder entender que una forma de tercera “vuestra merced” se transforme en segunda “usted” y cómo una forma de primera del plural “vos”, con rango nobiliario, majestuoso, hablamos todavía de plural mayestático “vos”, se convierta en la voz de los “pata en el suelo”. Sólo la revisión de los procesos sociales, políticos y culturales inmersos en los períodos imperio, conquista, colonia, independencia, república podrá darnos respuesta a estos fenómenos. No obstante, considero que no sólo podemos hablar de superestrato, se sobreentiende, lingüístico, ante la presencia de americanismos en el español actual, sino que en un sentido mucho más amplio, podemos hablar de un superestrato de tipo cultural, cosmovisional. Es posible que en estas nuevas formas espacio-temporales haya habido un aporte de las etnias americanas.

IV

En lo que respecta al complejo sistema lingüístico español que nos “ubica” y “nos desubica” en el espacio tiene sus inicios en “nuestro viejo latín”. No es científico pensar que la inmensidad del mundo americano frente a la pequeñez que para momentos de la conquista conoce el europeo haya sido determinante para la ampliación del sistema de los adverbios de lugar, locativos o localizadores. (Acerca de la pequeñez de la tierra, recordemos que Marco Polo recorrió el mundo de entonces a caballo; y mucho más tarde, nuestro Simón Bolívar recorrió otro mundo de tal vez iguales o mayores dimensiones)

En el mundo español el espacio se va organizando por el poder político y religioso. Recuérdese que aún nuestras ciudades americanas giran alrededor de la Plaza Mayor, la Iglesia, la Casa de Gobierno..., en la entrada de muchos pueblos conseguimos la Cruz de la Misión... Pero en lo que respecta a los referentes lingüísticos del amplio sistema locativo de la lengua española, nos encontramos la siguiente distribución:

aquí / ahí / allí
acá / allá
encima / debajo
arriba / abajo
delante / detrás / enfrente
adelante / atrás
cerca / lejos
dentro / fuera / alrededor
adentro / afuera
donde / adonde
sobre / en

A ellos, según el caso, podemos anexarles: “más”, “un poco más” así como también podemos agregarle los sufijos diminutivos -ito/-ita o los aumentativos -ote.

No obstante, es bien común en el español de América las formas como “por ahí” que orienta a la no-focalización espacial que tiende a difuminarse aún más con la forma “por ahí”. De igual manera esa difusión aumenta al intentar ubicar el referente de:

Aquisito / allisito
Allasito / acasito
Allasote / acasote

O de las formas:

Aquí mismo
Aquí mismito
Aquí mismítico

Los cuales pueden estar precedidos por la preposición “por”. Recordemos la

función centrípeta de mismo en “yo mismo” y la función centrípeta en “aquí mismo”. De esta realidad lingüística observamos lo que la tradición europeo-centrista nos ha hecho llamar imprecisión. Si a bien vamos, esa mal llamada imprecisión es nuestra forma de concebir nuestro espacio, constituye nuestra cosmovisión espacial, de nuestro pensar el espacio. La estructura de la lengua española nos permite las construcciones que hemos señalado, sin embargo podemos preguntarnos, por qué ellas no se hacen comunes en el español peninsular, salvo en contados espacios andaluces y canarios.

V

El historiador francés Bartolomé Bennassar (1975:27-28) nos señala que *al finalizar la Edad Media, y esto fue cierto durante varios siglos, los españoles, a diferencia de otros pueblos de Europa, no conciben el tiempo como una abstracción matemática, divisible en medidas con una misma duración, relativamente medible (...) No tenían una consciencia clara de las horas. Por otra parte, los instrumentos de medida eran raros, costosos, poco seguros; los relojes solares escasos y, con frecuencia, ineficaces.*

El mismo autor nos señala que en los documentos históricos de los siglos XV, XVI y XVII sólo la autoridad civil o eclesiástica está “autorizada”, diríamos, para hablar de una hora exacta; el resto de personas se remite al tiempo a través de formas aproximativas tales como “a eso de mediodía”, “al levantar el alba”, etc.

Nosotros también heredamos esa concepción del tiempo, en donde lo cualitativo priva sobre lo cuantitativo. Es como si consideráramos al tiempo como un devenir del espacio, como una parte del espacio. En tal sentido el tiempo va a venir siendo precisado en función de las actividades de tipo religioso: el advenimiento, la natividad, la semana santa, corpus christi, el (domingo) día del Señor, el Carnaval, etc. Todo el año, el mes y la semana va a tener como referencia al elemento religioso y a elementos de tipo “natural”. En este sentido, la primavera, el despertar de la naturaleza, el mes de marzo, no solamente iniciaba las estaciones, sino también era el primer mes del año, el mes en los que los romanos comenzaban la preparación para la guerra

Contrario a esta cosmovisión del tiempo, el etnógrafo americano E. Hall (1984b:11) nos señala que *un lenguaje a través del cual organizamos toda nuestra actividad, sintetiza, integra, ordena. El tiempo es un sistema fundamental de la vida cultural, social y personal de los individuos*. En tal sentido, el tiempo limita y delimita nuestra actuación, nuestras formas de pensamiento y nos permite establecer una continuidad en nuestras experiencias.

Al internarnos en las expresiones temporales de la lengua española tendremos dos aspectos. El primero regido por los llamados adverbios de tiempo:

Ayer	todavía, aún	antes
Anoche	ya	después
Hoy	luego	mientras
Ahora	pronto	
Mañana	temprano	
Entonces	tarde	

De los cuales algunos aceptan la preposición “por” que al igual que en el aspecto espacial tiende a la “imprecisión”. Y un segundo aspecto que se hace presente a través del sistema de los tiempos verbales. El modo indicativo, que nos remite a lo objetivo, a lo revelado nos presenta diez tiempos. De ellos, un tiempo y sólo uno (1) está referido al presente, dos (2) al futuro y siete (7) al pretérito. En las lenguas neolatinas se ha ido desarrollando, estando cada vez más afianzadas las formas de presente continuo del tipo “yo estoy leyendo”, formas de futuro inmediato como “yo voy a leer” y formas volitivas del tipo “yo quiero, deseo leer”. Pudiera dar la impresión que estas dos nuevas formas intentarían equilibrar la desproporción de las formas de presente.

A simple vista y gracias al “desequilibrio temporal” que se nos presenta, podemos pensar sin lugar a dudas, que nuestro discurso está anclado en el pasado, que nuestra manera de pensarnos y pensar el mundo depende del pasado, de nuestra historia, de nuestra memoria. Sin embargo, si tomamos en cuenta nuestra historia, nuestra memoria individual, familiar y/o colectiva llegamos a la lamentable conclusión que ellas son de un alcance temporal muy limitado. Además que no se nos enseña nuestra historia y nuestra memoria colectiva tiende a silenciarse. Las formas pretérito perfec-

to simple (yo comí) y pretérito perfecto compuesto (yo he comido) como modalidades temporales poseen un significado totalmente opuesto al uso que se le da en la Península. A estas formas temporales podemos anexas el archiusado “qué horas son?”, pregunta a la que respondemos hasta “son la una”, o formas de imprecisión temporal como “nos vemos a eso de la una”, “nos vemos a eso de mediodía”, “nos vemos por la tarde”, “nos vemos a golpe de tres”, “me caso cuando la rana eche pelos” y otras tantas.

A manera de conclusión

Los aspectos tratados en esta apretada historia nos remiten más que a las formas propiamente lingüísticas, a lo que llama Edward Hall la cultura primaria, que podemos decir que está constituida por esas pequeñeces que contribuyen a la conformación de nuestro modelo cultural, de nuestra cosmovisión, a nuestra forma de pensar América. Ese espíritu amplio de territorialidad y de temporalidad ajeno a todo tipo de propiedad privada espacial o temporal, común a toda nuestra América, que sin duda alguna nos caracteriza, pudiera por alguna vía asociarse a los mundos, no presentes en la vieja Europa, llamados por los recién venidos mundos “sin tiempo y sin espacio”, pero era la manera de ver el tiempo y el espacio los primigenios habitantes de la llamada “otra tierra”, esta tierra, la nuestra.

Bibliografía:

- BENNASSAR, Bartolomé (1975): **L'homme espagnol**. Paris. Hachette.
- BROMLEI, Y (1980): “Nación o nacionalidad” en **Socialismo, teoría y práctica**, n° 80. Moscú, Progreso.
- CARBONERO Cano, Pedro (1979): **Deixis espacial y temporal en el sistema lingüístico**. Sevilla, Anales de la Universidad Hpalense. Serie Filosofía y Letras n° 46
- GRANADOS, Héctor (1998): **Lingüística Indígena: La lengua waraw**. Cumaná, Ediciones Comisión Regional “Macuro 500 años”.
- HALL, Edward (1971): **La dimensión cachée**. Paris, Points n° 89.
- (1979): **Au-delà de la culture**. Paris. Points, Coll. Essais n° 191.
- (1984a): **Le langage silencieux**. Paris, Points, Coll. Essais. n° 160.
- (1984b): **La danse de la vie**. Paris, Points, Coll. Essais. n° 247.

- JAKOBSON, Roman (1963): El lenguaje común de lingüistas y antropólogos. **Essais de linguistique générale**. Paris, Payot.
- NERUDA, Pablo (1968): **Confieso que he vivido**. Barcelona, Círculo de Lectores.
- PÁEZ Urdaneta, Iraset (1981): **Historia y Geografía Hispanoamericana del voseo**. Caracas, Casa de Bello.
- TREPAT, Cristófol y Pilar Comes (1998): **El tiempo y el espacio en la didáctica de las ciencias sociales**. Barcelona, Edit. Graó. Universidad de Barcelona, Col. Mie nº 12.
- VALDES Bernal, Sergio (1998): **Lengua Nacional e Identidad Cultural del Cubano**. La Habana, Edit. de Ciencias Sociales. Col. Lingüística.
- VILLEGAS, Alberto (1998): **El Día del Idioma**. Discurso de Orden con motivo del Día del Idioma. Asamblea Legislativa. Trujillo el 05-05-98. (Inédito)
- WITHERSPOON, Gary (1980): "Langage in culture and culture in langage" in **International Journal of Linguistics**. California.